

## Sur

**Manuel Campa**

Tenemos necesidad de sur. Esta frase, que los románticos alemanes convirtieron en un tópico, pensando en Italia, podemos hacerla nuestra: el patriotismo de los asturianos se atempera, cada verano, con quince días en el Mediterráneo. Podemos tener mil teorías sobre los inconvenientes del calor, incluso podemos sostener que uno de los rasgos más llamativos del asturiano en la emigración es lo mal que soporta los climas cálidos. Pero, cada verano, un mayor número de paisanos nuestros sale de la patria querida en busca de más luz, como pedía Goethe. No tendrían mucho éxito entre nosotros lemas similares al vasco: “veranee en Euzkadi”. Hace ya medio siglo, en una gran película de René Clair, el galán promete a la mocina: “Te llevaré al sur”. Este gusto se generalizó de tal manera en Europa que las costas mediterráneas españolas se atiborran de nórdicos. Las teorías a favor de que los asturianos permanezcan aquí durante el verano tienen al mismo éxito, de momento, que los candidatos políticos con ideas brillantes a quienes no vota sino una pequeña parte de su familia: los votos, a veces, caen “per les oreyes”. Sin embargo, esta atracción del sur, que parece tan natural, es, en buena parte, un hecho de cultura. Hace un siglo, muy pocos asturianos pudientes –aparte de Campoamor– optaban por el Mediterráneo. Por el contrario, en la famosa colonia de pintores de Muros recalaban, en torno a la desembocadura del Nalón, la flor y nata de los artistas levantinos: Sorolla, Cecilio Pla, los Benliure, Muñoz Degraín, etc. Entonces, tenía más prestigio el veraneo del norte, dilatado en el tiempo y burgués; hoy, es mayoritario el tiempo de ocio que busca el sur, de tiempo más breve y generalizado a todo el mundo. La presencia asturiana en Levante es muy numerosa: nada menos que cinco centros asturianos, con tendencia a crecer, hay desde Torrevieja hasta Castellón de la Plana. Este éxito se basa, seguramente, más en la complementariedad que en la identidad de Levante y Asturias, aunque Rafael Altamira decía que las vegas de Grado y Candamo le recordaban las huertas valencianas, y Campoamor aseguraba que el olor levantino a tomillo y a romero le evocaban las dichas de su infancia en el occidente asturiano. El contraste en el clima es enorme, aunque la valoración de estas diferencias es controvertida: mientras el famoso Dr. Casal relaciona la mala salud de los asturianos con la inestabilidad climática, otros autores, como Feijoo, valoran en términos positivos nuestro cambiante clima, al que consideran saludable, o al que atribuyen –como Madariaga– el espíritu sutil de los asturianos. Sea malo para la salud, o bueno para el espíritu, no pasan cinco minutos en la terraza de un establecimiento asturiano, sin que pique el calor o empiece a sentirse frío. Tal vez por eso, sentimos necesidad de sur, de pasar unos días, de vez en cuando, en Levante, o en Andalucía, o en las Baleares, o en las Canarias? Pero, ¿cuánto sur necesita un asturiano? ¿Cuánta necesidad de luz, de mar plácido, de calor, hasta echar de menos la neblina y el orbayo? Haciendo la salvedad de que estas necesidades son, probablemente, más culturales que naturales, y, por tanto, cambiantes y sujetas, incluso, a las variaciones de las modas y usos de la gente, aventurando una medida imposible, yo me atrevería a sostener que la fascinación por la luz, por la luminosidad del sur, tarda en satisfacerse unos quince o veinte días, a partir de los cuales la mayoría de los asturianos, como anfibios que somos –según Pérez de Ayala– necesitamos un poco de frescor húmedo, y hasta una “aguarada” en un paisaje verde..